

Carlos Aurtenetxe y la "Fraternidad sin esperanza"

por Francisco Javier Irazoki

La publicación de la obra poética completa de Carlos Aurtenetxe («Palabra perdida/Galdutako hitza»; Universidad del País Vasco, colección «Poesía vasca, hoy») posibilita el encuentro con un autor que, recluido lejos de los lugares donde se reparte la celebridad literaria, ha redactado casi mil páginas de composiciones profundas e inquietantes.

Los dos volúmenes que Aurtenetxe había editado previamente («Caja de silencio» y «Pieza del Templo») ya incluían los materiales más significativos de su escritura:

-La angustia de quien analiza el «inmoderado dolor» que el mundo le infiere.

-El desgobierno de la divinidad, y la oposición a las ilusiones que maquillan ese abandono.

-El desespero histórico, el descreimiento causado por la insistencia de un *error variable*, y, paralelamente, la fe en el individuo cuya conducta nos alivia.

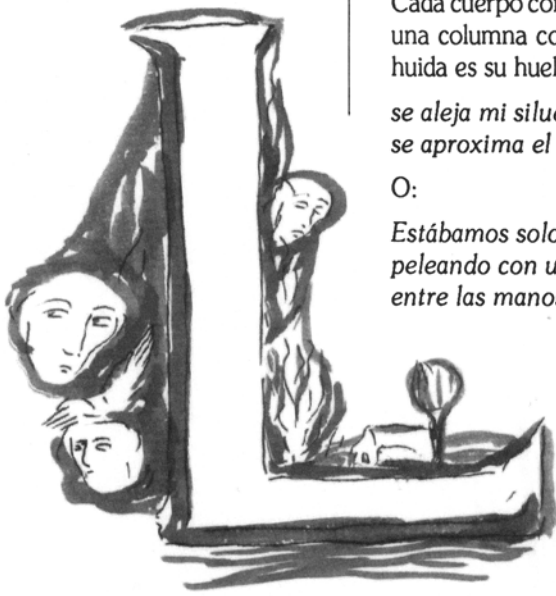
-La respuesta a todas las formas de ferocidad que adopta el Poder.

-Las pruebas de nuestra fugacidad. César Vallejo dijo que nos componemos de días. El griego Heráclito nació 2500 años antes que él para hacernos la misma advertencia. Cada cuerpo contiene un río. El hombre es una columna con agua en su interior. La huida es su huella:

*se aleja mi silueta de todas partes
se aproxima el rigor de alguna nada*

O:

*Estábamos solos contra el tiempo,
peleando con un algo de belleza
entre las manos agarradas*



-El tono reflexivo, de hondura filosófica, unido a una palabra tensa.

-El simbolismo; las imágenes superrealistas.

-La abundancia de metáforas; el verso gnómico; la dicción sin adornos.

-El deseo de apurar la expresión, situándola en la frontera última, como ha descrito Leopoldo María Panero.(1)

-La ironía radical de varios poemas (léase el titulado «Se acercaba el final de los objetos»).

-La respiración peculiar, que quizás tenga su referencia cercana en «Metal de voz» de Juan Larrea. A veces los signos de puntuación son sustituidos por espacios en blanco, y se crea un aliento parecido al de cierto tipo de jazz.

1979-1981

Durante los años 1979, 1980 y 1981, Carlos Aurtenetxe escribió los poemarios «Figuras en el friso», «Las edades de la noche» y «Los estuarios abandonados». En los tres destaca la capacidad mágica del poeta. Desfilan *melenas de agua, rostros deshaciéndose en las aguas del ocaso, gestos más blancos, un calendario de cristal callando en las alturas, un sol de serpientes y ebrios frutos, el azul rajado sangrando en la gran mesa, mariposas de raíl disueltas por el viento de los viajes, ánforas llenas de música en nuestros labios, cielos que miran con los ojos de las aves, rosas y liebres combaten.*

«Figuras en el friso» obtuvo el premio «Blas de Otero» 82. En él aparecen los sueños convertidos en fantasmas («Las luciérnagas»). El desconuelo siega un mínimo brote de claridad: *no hay luces bajo la hierba de ningún país o el dolor de cada hombre es el primer dolor del mundo. Se revela la similitud entre la ventura y la desdicha, entre la existencia y el desvanecimiento («Solo hay un paso hasta la barca»). Se repiten burlas disimuladas («Belleza de Amok», «Olvido de Lady Dudley», «El octogenario», «El viejo vencedor», «La rata»).*

Golpea el aire amargo de «Nada sucede bajo el hombre»: *qué solos los muchachos en el beso.*

El libro **«Las edades de la noche»** ganó el certamen «Alonso de Ercilla», instituido por el Gobierno Vasco. Permaneció inédito, acaso por las intenciones de su primera composición («Euskal Herria ese dolor»). La infancia y la juventud consumidas resurgen en la memoria («Ha llovido sobre todas las estatuas esta noche», «Enfermedades del infinito», «Huida a las doce campanadas», «Encender los caballos de regreso», «Todo el silencio de aquellas catedrales»). Los hombres, que son copia del aire, pueden simplificarse hasta el extremo / de ser sólo felices.

Resalta la concisión de «Los estuarios abandonados». Quince poemas comprimen su universo. Si en el segundo texto ya se avisa que *de esta locura calcinada tan sólo la apariencia/quedará*, en los versos finales se insinúa el espíritu de Borges y entre vemos que la vida consiste en veloces despedidas. Objetos y amigos sugieren adioses, pérdidas («En los largos países»). La mar, siempre idónea para los espejos de la alegoría, no sosiega; *nos ahogarán sus labios imprecisos en el beso absoluto.*

1982-1984

Mientras transcurren los años 1982, 1983 y 1984, Carlos Aurensetxe redacta seis obras: **«Caballería de invierno»**, **«De un vano mar»**, **«Las cariátides»**, **«Canto deshabitado»**, **«Desembarco»** y **«Teoría del grito»**. En este período evolucionan el autor y la estética, y aumentan las dimensiones del escenario. Junto a la Naturaleza más próxima -representada por lluvias, robles, helechos, rocas y una mar casi ubicua que duerme o resbala en los cristales- hallamos alusiones a lugares lejanos (Creta, Delfos, Tipperary, Cartago, Roma) y a personajes de la mitología clásica (Teseo, Circe, Orestes).

«Caballería de invierno» encierra algunas de las principales creaciones del poeta, y exigiría estudio minucioso. Reparece el coreógrafo, figura o vacío que decide la suerte humana. Jamás hemos conocido el triunfo; el que piense lo contrario sufre un espejismo de su vanidad: *Así todos seremos tus rayas de la mano / que nos deshace.*



La meditación es la presencia central del libro **«De un vano mar»**. La mayoría de los títulos («De alguna dársena sin aves», «Liberación del preso», «Un animal dormido», el impresionante «Piedras de otros parajes») cobija la idea penetrante. Una anécdota desentraña enigmas («En los telares de Tipperary»). La soledad resume las relaciones entre los seres («Viejo resplandor en las efígies»).

«Las cariátides» se abre con poemas muy bellos («Avido fruto de la noche», «Memoria de enero entré los árboles», «Las piedras y los dueños...»). La aspereza asoma pronto («Delirio de Lex»). En «Nos acomete un dado de cristal», de perfecta brevedad, verificamos la rendición al azar que *nos salva, nos ríe, nos olvida*. Y estremece el primer verso de «Algo lejano se muere en un cristal»: *Para qué tanto desseo.*

«Canto deshabitado» tiene clima misterioso. «Los caballos vacíos», «Nos daremos heridas en la nieve», «Lejos» o «La rueda sobre el lago» deparan un perfume arcano. De súbito, la acritud («Mutilados de paz»). También el Tiempo importuna nuevamente («Construcción de la sangre», «Ahora escucho el silencio de los pájaros»). El amor es la única venganza contra tal caducidad: *ese amor Insalvable que interpretan duramente / los cuerpos en tinieblas.*

Por **«Desembarco»** corre un aire adormecido y calmo. «Instante irrepitible» exhala la fragancia del haikú. «De noche sueño que son hombres» emociona; el poeta solitario fantasea con *rostros de salitre, de seda, de alquitrán*. Después leemos: *una forma inhumana el corazón del hombre*. Julio Cortázar arroja su silueta a los vientos.

«Teoría del grito», undécima entrega. Literatura hermética. Filosofía y desasosiego. *Sólo un camino te es dado: el más oscuro*. Aguardamos el milagro de la muerte y ni siquiera sabemos qué hacer con la belleza que recibimos o pasa ante los ojos. Como alivio, una creencia inopinada: *tu palabra la hoguera que nos une contra la nieve.*

1985-1986

«Ikaitz», **«Melena de sangre»**, **«Antigua casa»** y **«L'oiseau profond»** datan de 1985 y 1986. Aurensetxe empieza a escribir en francés, idioma que domina desde que se instruyera en la Escuelas Francesas de San Sebastián. La cultura de Francia fue entonces su ventana para olvidar la tosqueidad de la enseñanza franquista. Más tarde, el descubrimiento del existencialismo («El ser y la nada» y «La náusea», de Jean Paul Sartre, y especialmente las novelas de Albert Camus) dio a su aptitud la voz adecuada para plasmar la angustia y el anhelo de «fraternidad sin esperanza» que definió Gamoneda.

En «Ikaitz», largo poema, emplea un verbo cálido y directo.

En **«Melena de sangre»** se transparentan los desiertos que origina la existencia del hombre («De la más breve orilla»). Hay una hermosa plática con lo no creado («Hacia las viejas urbes»), y paisajes donde se escuchan los sonidos de los muertos de Rulfo («Tumulto tras la tapia»). Los cuerpos luchan delante de *dioses de porcelana rosa*.

«Antigua casa» ofrece ritmos libres, y vuelve a recordarnos las claves del jazz.



Nuestra condición temporal obsesiona; sigilosa y tenaz decadencia, personas queridas que desaparecen... El mismo Isidore Ducasse hubiera suscrito este fragmento: *Ya nada podrá acrecentar mi dolor, pues es/perfecto*. Coincide, y no por descuido, el último verso de «Vengo herido» y «Amanece»: *Esa herida es mi sola pertenencia*.

«**L'oiseau profond**», poemario con que inicia la andadura creativa en francés, reúne ochenta y ocho textos. Confirmando la teoría de que cada idioma altera algún orden del pensamiento, la disposición de las partes de su edificio, aquí sobresale un Aurtenetxe-mago. Aunque las sendas difieran, la energía de Juan Larrea lo orienta. El aroma y el secreto vencen. La sombra persiste, pero encantada por señales de juego. Las flores del mundo se han agostado mientras reíamos.

1986-1989

El volumen «*Palabra perdida*» agrega cinco libros recientes: «**Cifra**» (comenzado en 1986, pero concluido en 1987), «**La pierna ininterrumpida**», «**La cuchara de sombra**», «**Pain de la nuit**» y «**Las voces de piedra**». Se cierra con «**Memoria del agua**», que abarca trabajos fechados entre 1977 y 1989.

«**Cifra**» y «**La pierna ininterrumpida**», obras refinadas y ágiles, apenas ocupan folios. Sin influjos, el norteamericano William Carlos Williams, los *herméticos* italianos y el español Francisco Pino discurren por esas trochas. Ninguno de ellos ha ignorado que diferentes ideas solamente admiten la definición mediante una agudeza verbal continua al mutismo, y Aurtenetxe renueva el desafío. «**La pierna ininterrumpida**» deja un rastro de fina causticidad.

Igualmente punzantes resultan muchas planas de «**La cuchara de sombra**» («Autopsia», «De la medalla de la guerra», «Carta de un siervo», «Productos de belleza para las manos de Dios»). Omnipresencia del agua. Los pasos que damos son gotas sobre una mano, mar de la que salimos para regresar a su fondo incierto («Sepulcros oceánicos»). La cercanía de un amigo se disfuma en playas extranjeras. Seremos *plantas preocupadas al ocaso*.

«**Pain de la nuit**», segunda producción en lengua francesa, reitera las líneas de estilo trazadas por la anterior. La mordacidad se afila en «*Mode d'emploi pour régler les visages et l'éternité*» y «*Matière des anges et autres créatures filantes*». Embiste el delirio del superrealismo. Roza lo inefable («*Robe de sang*», «*Gares du vent*»).

«**Las voces de piedra**» engloba composiciones extensas. Homenaje a Jorge Oteiza y despiadada crítica social («36 X 36»).

«**Memoria del agua**» recoge sesenta y un poemas escritos en castellano y quince en francés. Comprende períodos de creación muy distantes, lo que permite apreciar las variaciones. Además de textos que nos remiten a la primera época («Función del Señor», «Clausura del hombre», «Una mano de oro», «Coronación»), encontramos los de factura actual. Abundan las dedicatorias a personajes importantes de la vida de Aurtenetxe (Blas de Otero, Jorge Oteiza, Carlos Sanz, Jorge G. Aranguren y otros compañeros).

Las observaciones precedentes forman una dudosa aproximación a Carlos Aurtenetxe. La complejidad de «*Palabra perdida*» requiere que el lector se adentre despacio en la riqueza que sus páginas atesoran. Si este autor se queja porque «en los libros de poesía nunca pasa nada», en los suyos sucede casi todo. Y opino -lo diré claramente- que estamos ante uno de los más interesantes poetas contemporáneos. Aunque no haga ruido, buscad sus venenos.

(1) "Algo de niebla densa en las encrucijadas de los pórticos o la poesía de Carlos Aurtenetxe", por Leopoldo María Panero ("El Diario Vasco", 6-4-1991).